

Doli Pereira

CUANDO EL ALMA
TIENE DOS CARAS



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Doli Pereira

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-17608-98-9

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

A mis hijos Erik y Maribel.
Un pequeño ejemplo de que siempre se puede lograr lo
que sueñas: con dedicación e ilusión.

Capítulo 1

Todavía no había sonado el despertador de Elena y su mano autómatata ya estaba preparada para apagarlo en el primer sonido. Le había costado mucho adaptarse al horario de su primer trabajo en la capital madrileña; sobre todo, cuando tenía turno de mañana, porque tenía que estar en pie a las seis de la madrugada; pero su cuerpo, sorprendentemente, después de cuatro meses, había tenido la facilidad de adaptarse como un reloj.

Se enfundó los pies en sus zapatillas y, mientras se ataba la bata, se dirigió a la cocina para preparar su desayuno. Hoy le tocaban habitaciones. «Por lo menos no tendría que verle tan continuamente la cara a la odiosa de la gobernanta Carmen», pensó mientras se preparaba sus tostadas con ciruela. Cuando vio que la leche estaba en su punto, le añadió el café; le gustaba que llegara a hervir, esa costumbre la tenía desde pequeña; era como su ritual. La tomaba lentamente mientras su mente repasaba lo que tenía que hacer ese día.

Hoy su amiga Irene la recogería por la noche para llevarla a un nuevo local que había abierto hace poco. Ella era su guía por Madrid, siempre que tenían un tiempo libre y coincidían, la sacaba a descubrirlo. Gracias a ella, en esos meses jamás sintió el fantasma de la soledad en esa gran ciudad. Lo único malo es que le había dicho que irían con algunos de sus viejos amigos del pueblo; detestaba sentir vínculos con todos ellos. Su pasado quería dejarlo atrás, pero unos habían traído a otros en su afán de intentar probar suerte en aquella ciudad, e Irene era tan sociable que todo el mundo la buscaba. Pero ella era su mejor amiga y era la única cosa que no quería perder de su vida anterior, así que, sin nunca protestar, aceptaba esas reuniones.

Recogió la mesa de su desayuno y corrió a darse una ducha. Aquello sí que era una odisea cada mañana. El estudio que le había conseguido su amiga le encantaba a pesar de

sus cuarenta metros cuadrados; prácticamente en cinco pasos se recorría. Salón, cocina y comedor se divisaban nada más entrar. Una media pared a modo de estantería separaba el dormitorio del resto y una única puerta a la entrada para el cuarto de baño, donde un plato de ducha con una minúscula mampara asombraba al entrar. Parecía que era imposible que existieran esas medidas a la venta. Entrar en ella tenía su arte, no se podía hacerlo de frente sino de lado, y enjabonar la parte inferior del cuerpo requería casi tener una mente ingeniosa, para no tener un percance. Pero, a pesar de ese inconveniente, adoraba aquel lugar.

Cuando Elena llegó a la entrada del hotel, un suspiro de resignación le salió sin darse cuenta. No era precisamente un trabajo que le encantara pero le pagaba sus facturas. Ella aspiraba a algo mucho mejor.

—¡Buenos días, Elena!

—¡Buenos días, Daniel!

—Como siempre tan puntual.

—Ya sabes que me gusta ser siempre la primera —contestó sonriente Elena mientras se encaminaba a la puerta de prohibido el paso, que daba acceso al personal de la empresa.

Daniel era el recepcionista más antiguo del hotel y, sin duda, su carácter tan afable hacía que todo el personal lo adorara. Siempre tenía una sonrisa dibujada en su rostro, pareciera que el espíritu de su sur, como él solía decir, le acompañara siempre.

Ya en los vestuarios se recogió su pelo en una cola y, mirando su uniforme, pensó: «¡Espero que hoy la bruja no me ponga ninguna pega y pueda salir a tiempo!». Carmen era la típica mujer autoritaria que nunca a nadie lograba dar una palabra de aprobación.

Revisó una vez más su carro de limpieza comprobando que tuviera todo lo necesario y se encaminó hacia el ascensor de servicio.

Ella era muy consciente de que tenía que buscar la forma

para encontrar una salida mejor a su vida, aspiraba a muchas cosas y, costara lo que le costara, sabía que lo iba a lograr. Todavía recordaba la forma como consiguió el dinero para llegar a Madrid.

—¡No me lo puedo creer, Aurora! ¿Cómo ha sido capaz de hacernos eso?

—Mamá, estás equivocada, Juan es incapaz de hacerlo. ¿Cómo puedes tener ese concepto de mi marido? Sabía que nunca fue santo de tu devoción; pero acusarlo de coger tu dinero...

—¿Qué está pasando? Se oyen los gritos desde afuera —dijo Elena nada más entrar por la puerta de la casa y observar a su madre y a su hermana discutir.

—¡Ha desaparecido el dinero que tenía guardado para pagar las facturas de este mes, hija! —dijo llorando su madre.

—¿Qué Mamá, eso no es posible, ¿has mirado bien? ¿No lo habrás cambiado de lugar? —preguntó sorprendida Elena.

—¡No, no he cambiado nada! —gritó desesperada su madre—. Ayer estaba y hoy, precisamente que ha llegado tu hermana y el bueno para nada de su marido, ha desaparecido.

—No te lo permito mamá, ¿me oíste? —exclamó entre llantos Aurora.

—¡Escúchame bien, la que no permite soy yo! Y desde este mismo momento quiero que te largues de mi casa.

—¡Mamaaa! —gritó Elena poniéndose en el medio de las dos. No alcanzó a decir ninguna palabra más, su hermana se giró y las dejó solas, tan solo con el tremendo ruido de la puerta al cerrarse tras ella.

Elena abrazó a su madre para intentar consolarla, sabía que no cabían las palabras en ese momento. Mientras lo hacía, una gran sonrisa de triunfo se dibujaba en su rostro. Su plan había funcionado.

Tres semanas después, Elena comunicó a sus padres que su amiga Irene le había conseguido un trabajo en la capital. Había logrado convencerlos de que, después de lo que había sucedido, ella necesitaba sentirse útil; para, dentro de sus posibilidades, ayudarles en todo lo que pudiera.

—¡Te va a encantar, amiga!

—Si por lo menos me gusta la mitad de lo que te ha impactado a ti, me doy por satisfecha.

—Estoy convencida de ello, Elena. He visitado muchos sitios de la ciudad; pero este sin duda me ha hechizado, es muy diferente a lo que estamos acostumbradas y además es un lugar donde, según me han dicho, va lo mejor de Madrid. Si sigue teniendo este éxito, será un referente para la clase más alta de la capital y de todos los que vienen de paso.

El trayecto al final había sido un poco más largo de lo que había imaginado. Elena se bajó del auto de su amiga y, sorprendida, contempló la fachada de la sala de fiestas a la que le había llevado Irene. Aquello parecía una construcción colonial; sin duda, si esa noche Irene pretendía sorprenderla sin todavía haber entrado, lo había conseguido.

Dejaron sus abrigos en el guardarropa, donde una chica con una sonrisa perfecta les dio la bienvenida.

—¡Qué pena que el resto del grupo no haya podido venir esta noche!

—Sí, una verdadera pena. —Elena sintió que su respuesta no había sido muy convincente.

—Estoy convencida, amiga, de que te va encantar, ya verás —dijo Irene mientras se adentraban al interior del lugar.

—¡Espero que sí! Por lo menos amortizar el precio desorbitado de la entrada —contestó Elena asustada.

Ya en el interior, Elena no pudo fingir su entusiasmo. Aquel lugar era, sin duda, espectacular.

Se divisaban varias salas donde claramente el tipo de música era distinto; aquello no tenía nada que ver con la fa-

chada que uno se encontraba. Todo era muy místico, lleno de estatuas de budas donde se percibía un aroma embriagador y muy suave. Todo el interior estaba revestido de madera, haciéndolo, si cabe, más acogedor

—¿Te parece si pedimos algo? —preguntó Irene mientras contemplaba la cara de su amiga. Se sentía satisfecha de haberla sorprendido, no necesitaba preguntarle si le gustaba, su expresión lo decía todo.

Decidieron ir a la pista de baile, no estaba muy llena, ya que era un día entre semana. Cuando llevaban varias canciones bailadas, Elena se dio cuenta de que un chico muy elegante la estaba observando. Se sintió alagada de que aquel hombre de pelo moreno la observara sin quitarle los ojos de encima. Discretamente percibió que cada vez al bailar se acercaba más al lugar donde ella estaba con su amiga. Decidió ignorarlo por un rato, cerró sus ojos sintiendo cada nota que sonaba. Cuando los volvió abrir Irene ya estaba bailando con un chico y su supuesto pretendiente bailaba con un grupo de chicas.

—¡Qué descarado! —pensó.

Siguió bailando intentando no demostrar su frustración, pero él seguía observándola descaradamente. Si pretendía llamar su atención aquel hombre tan guapo, sin duda, lo había logrado.

—Llevo rato intentando pasar desapercibida tu belleza, pero al final he decidido rendirme a la tentación y perderme en ella.

Elena se giró para ver quien le estaba hablando y sus ojos se encontraron con el mismo chico que desde que entró a la pista la estaba mirando. Él le sostuvo la mirada con una amplia sonrisa.

—¡Hola! ¿Me permites invitarte a una copa?

—Estoy con una amiga y todavía no he terminado la mía.
—Le enseñó el vaso con su bebida.

—A tu amiga la veo demasiado entretenida—dijo el chico mientras miraba hacia donde estaba su amiga.

—¿Conoces la parte de arriba?

—No, de hecho, esta es la primera vez que vengo a este lugar.

—Pues permíteme hacer el honor de ser yo quien te lo muestre.

—De acuerdo.

Mientras subían las escaleras también de madera, descubrió de dónde procedía aquel olor que había sentido cuando entró. Las estatuas de budas tenían por la parte de atrás un pequeño orificio donde le ponían unos inciensos.

Ya en el piso de arriba, unas enormes cristaleras abarcaban todo el frontal de esa estancia. El lugar era más íntimo, con algunas mesas más apartadas y con cristaleras opacas que separaban unas de otras a modo de zona privada. Elena se acercó a la cristalera y pudo contemplar la hermosa vista que esta le regalaba. Una preciosa panorámica nocturna de Madrid.

—¡Preciosa! —exclamó Elena.

—No más que tú.

Elena sonrió tímidamente y le dio su último trago a su bebida.

—Ahora sí me aceptarás otra, ¿verdad?

—No suelo aceptar nada de alguien del que ni sé su nombre.

—Disculpa... me llamo Javier.

—Supongo que en tu afán de impresionarme se te olvidó lo obvio, tu nombre. Yo soy Elena. —Le tendió su mano a modo de saludo.

—Un verdadero placer, Elena.

Pasaron las horas sin darse cuenta hasta que Irene apareció sorprendiéndola y recordándole que mañana era día de trabajo.

—Te espero en la salida. No tardes, amiga.

—Ahora bajo, Irene.

—Supongo que no será una despedida, espero volver a verte en los días que me quedan por pasar en esta ciudad —comentó Javier.

Elena cogió una servilleta de una mesa de al lado y llamó a un camarero para que le prestara un bolígrafo y escribió su teléfono. Se lo devolvió al camarero dándole las gracias y dobló el papel donde había escrito sus datos telefónicos y se lo introdujo en el bolsillo de su camisa.

—Espero tu llamada —dijo Elena mientras le sonreía y, cuando hizo ademán de darle un beso en la mejilla, él se giró y sus labios se rozaron dulcemente.

—Espero no te haya incomodado —dijo Javier, mientras buscaba en su cuerpo algún signo que le delatara incomodidad.

Elena se acercó otra vez a él y, sin dudarle, buscó sus labios para volver a besarlos. Esta vez el beso fue más largo e intenso. Cuando se separaron, ella se acercó a su oído para que pudiera escucharla bien y le susurró: «¡Me encantó!». Y se alejó en busca de su amiga Irene, sin mirar atrás, con una amplia sonrisa sintiendo su mirada en su espalda.

Ya en el coche, Irene le preguntaba de dónde había sacado tan delicioso caramelo.

—¡Será que ahora resulta que tú estabas sola! —dijo jocosa Elena.

—No, pero si me hubieras conseguido un amigo parecido a él, la noche hubiera ido mejor.

—De todas formas, está en la ciudad por negocios, la semana que viene está de regreso.

—¡Vaya, veo que hablasteis mucho!

—La verdad es que sí. Me ha dejado muy buena impresión. Ahora solo espero que me llame.

—Te llamaré, amiga. A ver, dime: ¿quién no ha sucumbido a tus encantos?

Capítulo 2

Todavía faltaban dos horas para llegar a Bangladesh. El vuelo se estaba haciendo interminable.

Aún podía oír aquellas palabras de su hermano retumbar en sus oídos. ¿Cómo había podido suceder aquello? Así, tan de repente...

La azafata se acercó a él y le entregó el vaso de whisky que hacía unos minutos había pedido. Siempre disfrutaba de los vuelos en primera clase pero, esta vez, era totalmente diferente. Solo deseaba poner pies en tierra y que lo llevaran directamente adonde toda su familia lo estaba esperando, porque Javier sabía que él era el único que faltaba en esa nefasta reunión.

—Ven cariño, ya te he preparado la merienda, coge tu chaqueta que nos vamos al parque como te he prometido.

—¡Ya estoy, maaaa!

Soledad cogió la chaqueta que le brindaba su hijo y le ayudó a ponérsela, mientras una sonrisa le provocaba ver la inquietud que despertaba aquella salida a su hijo menor.

—Como te has portado muy bien toda la semana, tendrás tu premio.

—¡¡¡Sí, mami!!! ¿Me vas a comprar un helado?

—De acuerdo muchachito y, esta vez, uno bien grande.

—¡¡¡Con dos bolas, mami!!!

«¡Buenos días, señores pasajeros! Les habla su capitán Elliot Willsom, estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional de Hazrat Shahjalal. Si miran por su ventana, observarán una espectacular vista panorámica de la ciudad de Daca de aproximadamente siete millones de habitantes. La temperatura es de 23°C y la hora local, las 11:30 am. Su capitán y su tripulación esperan que hayan disfrutado de su vuelo. Les deseamos una feliz estancia en Bangladesh».

La voz del capitán lo despertó sobresaltado, hubiera deseado quedarse así, recordando su cara y su voz una vez más, aunque sabía que eso ya solo sería a partir de ahora en sus sueños, en sus recuerdos. Ya no volvería a verla, viajaba para darle su último adiós.

Cuando Ravi se adentró por el camino empedrado de la mansión de la casa de sus padres, Javier notó el aire pesado, como una gran losa que amenazaba con desplomarse encima de él.

Todo olía a tristeza y eso a pesar de que el jardín que precedía al hogar familiar estaba tal como lo había distribuido su madre, repleto de árboles y flores de diferentes especies dispuestos de una forma magistral; que todo el que se adentraba en ese paisaje se quedaba admirado por su belleza. Pero ahora, verlo y percibir sus aromas, le traía el sentimiento del dolor, era como si la gama de colores hubiera desaparecido y en su lugar solo sólo quedaran las tonalidades grises.

Ravi se bajó del coche y apresuradamente se dirigió a abrirle la puerta a Javier

Cuando se dirigió a la puerta de la entrada, Javier miró al suelo contemplando el *rangoli*¹. Era fascinante cómo su madre se había integrado en la cultura hindú, aunque aquel país era mayoritariamente musulmán. Niraj la había introducido en aquellas costumbres, de tal modo que fusionaba las dos culturas asombrosamente; y una de ellas era haber diseñado ella misma desde que tenía memoria la bienvenida a su hogar con aquellos colores que utilizaba siempre con motivos naturales. Se quitó los zapatos y se adentró en el que había sido hasta ahora su hogar.

Se encontró con el féretro de su madre dispuesto en la sala contigua y rodeado de numerosos ramos de flores y alrededor sentados todos sus familiares. Poco a poco todos se acercaron para abrazarlo, la emoción era palpable pero, cuando se acercó a ella, sus ojos ya estaban repletos de lágrimas.

Capítulo 3

Ya habían pasado dos días desde que había conocido a Javier y el teléfono no sonaba. Sabía que no era un problema de cobertura porque el hotel en todos los recintos la tenía. No había podido sacarlo de su mente y esperaba ansiosa aquella llamada. Sabía que aquel encuentro había sido muy especial para los dos. Pero, a medida que pasaban las horas, su enojo aumentaba al pensar que su intuición le había fallado. Y no sabía qué le molestaba más, si saber que había leído mal las intenciones de Javier o que él fuera el primer hombre que no le llamaba después de haberle dado su número.

Cogió su carrito de limpieza y furiosa lo giró para dirigirse al ascensor de servicio, con tal mala fortuna que algo se cruzó en su camino y el impacto hizo que perdiera su equilibrio y se desplomara todo su cuerpo en el suelo. En el choque, su brazo derecho se había golpeado con su carro de limpieza. Intentó levantarse todavía aturdida por lo que había pasado, cuando una mano le ayudó a levantarse:

—¿Estás bien?

Elena lo observó y comprendió que él había sido la causa de su aparatosa caída.

—¡¡¡Imbécil!!! —Se soltó de su mano que le estaba todavía agarrando el brazo.

—Tranquila, solo quería ayudarte.

—¿Ayudarme? ¡Si caminaras observando por donde lo haces, esto no hubiera pasado!

—¡Perdona! ¿Intentas insinuar que ha sido mi culpa, preciosa?

—¿Perdón? ¿Acaso no te has dado cuenta de que en este lugar hay huéspedes y no puedes ir corriendo por los pasillos o lo que haya sido que venías haciendo?

—Parece que a la que se le ha olvidado es a ti, porque, si no, bajarías ese tono de voz.

Elena bajó su mirada al darse su cuenta de que estaba gritando y, sin mediar palabra, cogió su carro de limpieza y se dirigió otra vez al ascensor.

—¡Intenta conducirlo esta vez mejor preciosa! —dijo el chico jocosamente.

Elena no podía con su enojo, ¡lo que le faltaba a su día! Esperaba no encontrarse con nadie a la salida de su trabajo, no podía con su furia y no tenía ganas de dar explicaciones a nadie.

Cuando llegó a su edificio lo único que deseaba era abrir la puerta de su estudio y que las horas de ese día llegaran a su fin y, de repente, allí estaba él, con una botella de vino en la mano y en la otra un hermoso ramo de flores.

—¡¡¡Tú!!! ¿Cómo has sabido dónde vivo?

—Tengo mis recursos; no creas, no ha sido tarea fácil. Espero que esto sea suficiente para disculparme por no haberte llamado antes. —Javier le mostró lo que traía en las manos y se acercó para besarla.

—Suficiente. —Elena intentó acertar para, mientras se besaban, abrir su puerta. Ya en su interior sus deseos no realizados en su encuentro afloraron. Fueron chocando con todo lo que encontraban en su camino y, cuando llegaron al sofá, Elena se detuvo al escuchar una voz.

—¡Hola, preciosa!

Elena se despertó entre sudor y observó su entorno todavía confundida. Pero no había nadie, estaba sola, ¡solo había sido un sueño! ¡Un sueño que hubiera sido perfecto, si no hubiera aparecido el chico de aquella mañana!

Capítulo 4

A pesar de que estaban en Bangladesh, su familia había conseguido que todo semejara un funeral como cualquier otro que se hiciera en España.

La única diferencia es que todo el mundo vestía de blanco y que el féretro, en vez de ser sepultado en un campo santo, sería enterrado en la finca familiar, en una zona donde se divisaba gran parte de la propiedad. Su padre Gonzalo había decidido que sería su mausoleo familiar.

Después de los oficios de la misa, Javier y sus dos hermanos, Adrián y Alicia, se sentaron alrededor de la mesa del jardín; su padre y su tío Jacinto estaban hablando en la biblioteca.

Niraj se acercó a ellos y les ofreció un té. Llevaba al servicio de sus padres desde que ellos habían llegado a Daca, hacía ya quince años. Todos la recordaban siempre vestida con sus coloridos saris y hacía ya muchos años que empezó a pintarse un lunar rojo entre sus ojos, lo que simbolizaba su estado marital. Tenía un aspecto delicado y, a pesar de su edad, se apreciaba una gran belleza.

Niraj y su madre, desde un principio, se habían aceptado muy bien, de tal forma que en todos esos años Niraj había conseguido hablar el español y ella era la que les había enseñado a todos ellos su lengua.

—Ya sabéis que Niraj quería mucho a nuestra madre, eran cómplices en todo.

—Sí, Adrián, eran como las hermanas que nunca tuvieron.

—Exacto. Pues ni te imaginas cómo ella quería un funeral típico de su religión. Al final consiguió convencer a papá de que por lo menos la vistiéramos con un vestido de novia rojo, porque era lo que correspondía al ser casada y que su cuerpo estuviera apuntado hacia el sur.

—Y nos obligó a vestir a todos de blanco, prohibiéndonos utilizar el negro —dijo Alicia mientras daba un sorbo a